



EL BOCHÍN

Leónidas Barletta

EL BOCHÍN

Leónidas Barletta



Duración
7'55"

Todos ustedes conocen el juego de bochas.

Era al caer de la tarde y algo se había bebido. El viejo tomó la bocha y la acarició como si fuera la cabeza monda de un chico. Midió con los ojos la distancia, y avanzando un paso y doblándose hacia el suelo, la echó a rodar con fuerza.

Mientras él se erguía sin levantar los ojos, todos siguieron expectantes la trayectoria de la bocha que rozó apenas la tabla, pasó entre dos bochas rayadas sin tocarlas, y se detuvo suavemente junto al bochín.

–¡Bravo, Pedro!

–¡Así me gusta! –exclamaron los que miraban el partido. Con ese tanto, el partido era suyo pero estaban en catorce a catorce. A don Santiago le quedaba todavía una bocha.

–¡Cristo!

La llevaba en la mano con calculada indiferencia. La mano huesuda del viejo se crispó en la bocha, echó un pie adelante y ajustó el sombrero sobre la frente. Todavía pasó la mano sobre el bigote blanco, como si los pelos hirsutos pudieran molestarle la visión.

Tomó impulso con dos zancadas vacilantes, lanzó reciamente la bocha al aire, y se quedó como si hubiese querido imprimirle dirección con todo el cuerpo.

Se oyó el ruido seco del choque de las bochas, saltó el bochín fuera de la cancha, rebotó, volvió a caer dentro y le dio dos puntos a don Santiago.

–¡Bravo, Santiago!

–¡Así se hace!

La vieja rivalidad del juego se acentuó entre los dos amigos. Don Pedro se adelantó con paso lento, echó una mirada a las bochas, se peinó el bigote con los dedos, y dijo:

–Salió el bochín de la cancha.

–Sí; pero el bochín está en la cancha –replicó Santiago, y se rió sardónicamente.

–Pero salió de la cancha –insistió gravemente don Pedro.

–A usted, don Pedro, no le gusta perder –comentó don Santiago, buscando con la mirada quien lo aprobase.

–Usted tiene que ganar como bueno... –sentenció don Pedro.

–¿Qué me quiere decir? Un bochazo así no lo ha dado usted en toda su vida.

–Cuando yo jugaba a las bochas, usted...

–¡Cristo! Se van a pelear ahora... –intervinieron.

–Que venga don Rosario que hace el juez.

–Lo que él diga será “lo” justo.

Don Rosario, se acercó a la cancha con una sonrisa.

–La bocha pegó en el bochín, lo hizo saltar de la cancha, rebotó afuera y vino a caer otra vez adentro.

Se hizo un breve silencio. Don Rosario sacó del bolsillo del chaleco un medio cigarro, le despegó la estampilla y falló gravemente:

–Si el bochín vuelve solo a la cancha, vale.

Don Pedro se abrochó el saco, y sin despedirse, se volvió para marcharse.

–¿No toma un vaso de vino, don Pedro?

–¡Basta por hoy! ¡Salud!

Cruzó el salón de la cantina, espeso de humo, y salió.

Oscurecía. La calle en declive permitía ver el barrio, gris, suavizado en sombras lilas, con su montón de casitas humildes apeñuscadas.

Nunca había sentido tan viva contrariedad. Con sus setenta y dos años, erguido, fuerte, el bigote chamuscado por el cigarro, las cejas hirsutas, los ojos severos y nobles, cruzados por un pliegue oblicuo del párpado.

Del cielo color de plomo, bajaba un silencio espeso que atenuaba los ruidos.

Empujó la puerta de su casa y en el patio de ladrillos lleno de plantas enmacetadas, hubo un movimiento de sorpresa.

No lo esperaban sin duda; y encontró arracimados a la madre y a sus dos hijos.

El viejo avanzó ceñudo.

—¿Qué hace usted en mi casa? —dijo.

El muchacho, hosco, se puso de pie sin responder. Una crencha de pelo negro le tapaba un ojo.

La vieja se adelantó a protegerle con el cuerpo.

—Pedro, mirá bien lo que hacés

El viejo dijo a modo de réplica:

—Cuando un hombre se va de la casa de sus padres, sólo muerto tiene que volver.

—Papá —dijo la muchacha suavemente—, déjelo ¿No ve que no puede vivir sin nosotros? ¿No ve que vino solo?

Otra vez se sintió derrotado, disminuido, y sin embargo contento. Trató de que no se le conociera en el rostro firme.

Su mujer se le acercó y preguntó con un dejo de angustia:

—¿Lo dejás que se quede, Pedro?

El viejo no contestó. Silencio; silencio hostil del muchacho, silencio doloroso de la madre, ansioso de la hermana.

Por la vieja, por María hubiese consentido; pero que él creyese que había tenido un momento de debilidad le parecía inconcebible.

María volvió a empujarlo hacia la reconciliación, despacito:

—Perdónelo, papá, así volvemos a estar todos juntos. ¡Si volvió solo!

Ya casi no se veían las caras en la oscuridad.

Se oye el estrépito de un carro rodando por el empedrado.

Después silencio. Después una voz alterada que dice:

—Te apuntaste un tanto, María, tenés razón; si el bochín vuelve solo a la cancha, vale. ■

EL BOCHÍN

Leónidas Barletta

BREVE RESEÑA PARA EL DOCENTE

Una jugada inusual define un partido de bochas: el bochín salta fuera de la cancha pero, en el rebote, vuelve a entrar. Un árbitro la da por buena y el vencido se retira furioso.

Al llegar a su casa encuentra a su hijo que ha vuelto al hogar luego de haberse ido de manera conflictiva.

El padre, que no quiere mostrar debilidad pero que añora tenerlo nuevamente en la familia, adopta la misma fórmula para ganar al hijo. Se inviste de autoridad arbitral y sentencia: *bochín que vuelve, vale*.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

Un hombre pierde en el juego de bochas porque el árbitro da por válida una jugada final: el bochín salió pero volvió a entrar a la cancha.

Llega a su casa y se encuentra con el hijo que volvió al hogar luego de que él lo hubiera echado. El padre, apoyándose en el criterio del juez, piensa: Lo que importa es que se fue y volvió. Y lo perdona.

DATOS SOBRE EL AUTOR

Leónidas Barletta nace en la ciudad de Buenos Aires en 1902. Pierde a su madre a los siete años y queda al cuidado de diferentes tías. Monaguillo en la iglesia del Pilar de su barrio de Recoleta, gran lector de Dumas, Julio Verne y Emilio Salgari

decide no continuar los estudios secundarios y empieza a trabajar. Luego de varios oficios, y de incursionar en el boxeo, se emplea durante varios años en la Aduana del Puerto de Buenos Aires. En paralelo empieza a desarrollar actividades en el ámbito literario y teatral como escritor, periodista, editor, dramaturgo y director de teatro. Barletta es el fundador del Teatro del Pueblo, con el que se inició el movimiento del teatro independiente argentino y en el que Roberto Arlt estrenó sus obras. Se vinculó a los escritores del grupo de Boedo, que defendían el realismo social. Fue secretario de redacción de la revista Claridad y creó y dirigió el periódico cultural Propósitos, una tribuna de la izquierda independiente argentina de mediados del siglo XX que llegó a tener una tirada de cien mil ejemplares. Allí y en otras publicaciones dio a conocer artículos en los que defendía el valor de la literatura como testimonio y denuncia de los problemas sociales.

Formó parte de la primera comisión directiva de la SADE que presidía Leopoldo Lugones e integraban entre otros Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada, Enrique Banchs y Ricardo Rojas y la dirigió entre los años 1946 y 1948.

Los temas centrales de su vasta producción literaria son la pobreza y las diferencias sociales. Sus personajes: hombres y mujeres de la clase obrera viven historias, pasiones y sufrimientos que son narrados por Barletta desde una óptica solidaria y fraterna.

Es autor de obras dramáticas como *Odio* (1931) y *La edad del trapo* (1952). Escribió también *Cuentos realistas y canciones agrias* (1923), *Vientos trágicos* (1924), *Las fraguas del amor* (1924) *Los pobres* (1925), *Vidas perdidas* (1926), *María Fernanda* (1926); *Royal circo* (1927) novela que obtiene el premio Municipal de Literatura de 1930. Luego en su periodo de mayor madurez narrativa escribe *Cómo naufragó el capitán Olsen* (1941); *Rada* (1943); *La ciudad de un hombre* (1943); *La señora Enriqueta y su ramito* (1944); *La felicidad gris* (1945); *El barco en la botella* (1945); *Historia de perros* (1952); *Cuentos del hombre que daba de comer a su sombra* (1957); *De espaldas a la luna* (1964) y *Un señor de Levita* (1972) en los que al decir de Pedro Orgambide “Barletta retoma temas a los que fue fiel a lo largo de toda su vida; fidelidad a la pobre gente capaz de encontrar un motivo de asombro, una justificación, a veces banal, de su propia existencia, fidelidad a los seres oscuros, que, de alguno modo son la *sal de la tierra*, a los desposeídos y humillados que pueblan sus novelas y sus cuentos”...

Leónidas Barletta muere en Buenos Aires en 1975.

